

En cada época y en cada cultura han existido los monstruos. Seres terroríficos, en su mayoría malignos, que perviven sin complejos en el siglo XXI y que, en cierto modo, resultan necesarios. Porque, si no, ¿dónde dejaríamos nuestros miedos?

MONSTRUOS DE TODOS LOS TIEMPOS

Texto Eva Millet

A mediados de los 90, en una cueva de un acantilado de la isla de Menorca, un equipo de arqueólogos encontró dos tallas de madera de más de 3.000 años de antigüedad. Una representaba la cabeza de un hombre. La otra, la de un ser sobrenatural, mitad hombre mitad animal, con ojos rasgados, expresión feroz y dos grandes cuernos en la cabeza: un monstruo.

Resulta sorprendente que en un lugar tan aislado como la Menorca de hace miles de años sus habitantes ya esculpieran, aunque fuera toscamente, seres antinaturales e intimidantes. Pero la presencia de lo monstruoso en las culturas humanas a lo largo de la historia es abrumadora. Vinculados a la religión, al folklore y a la superstición, los monstruos se dan tanto en Oriente como en Occidente, en el norte y en el sur, el paleolítico y el siglo XXI.

La larguísima relación entre monstruos y humanos tiene como representación más antigua la figura de *El hombre león* de la cueva Stadel, en Hohlenstein, Alemania. Con apenas 30 cm de altura, está tallada en marfil de colmillo de mamut y representa un hombre con cabeza y patas felinas. Resultan aún más monstruosos *El hombre-bisonte* y *El hechicero*, las dos pinturas rupestres de la gruta de Los Tres Hermanos, en Francia, pintadas entre el 17.000 y el 10.000 antes de cristo. *El hechicero* es un ser surreal, con piernas humanas y patas de oso, genitales masculinos, cola de caballo, astas y orejas de ciervo, barba de bisonte y ojos de búho. Como las figuras de las cuevas menorquinas y alemanas, con más de animal que de hombre, quizás vinculado a un rito mágico o considerado una divinidad.

En el antiguo Egipto los dioses monstruosos abundaban. Eran criaturas intimidatorias como Anubis, con cabeza de chacal y cuerpo de humano, que mantenían a raya a los devotos. Lo mismo sucedió en otra cultura tan lejana del Nilo como la azteca, donde sus tremebundas deidades adoptaban formas poco agradables (como gigantescas serpientes emplumadas) y se alimentaban de sangre y corazones humanos. En Oriente, la diosa hindú Kali, deidad de la destrucción, tiene también una apariencia terrorífica, mientras que en Japón y en China los dragones resultan omnipresentes. En la tradición occidental, estos animales fantásticos (que son los monstruos más abundantes) han desempeñado también un papel importante: el Antiguo Testamento habla de Leviatán, el gigantesco animal marino, híbrido entre serpiente, cocodrilo y dragón, mientras que san Jorge no sería nadie sin la gran bestia recubierta de escamas que aniquilar.

“Los monstruos son universales, aparecen en todas las culturas, todas”, recalca el escritor Christopher Dell. Este historiador del arte acaba de publicar *Monstruos: un bestiario del mundo extraño* (Lunwerk), un libro que se acerca a estos seres mediante una cuidada selección de ilustraciones. Un trabajo de investigación minucioso, que le ha reafirmado que la relación humanidad-monstruos es más que anecdótica. “Su presencia está relacionada, por un lado, con la existencia de la religión, que ha utilizado el miedo a lo sobrenatural como una herramienta de sumisión. Pero creo que los monstruos tienen más que ver con el hecho de que durante mucho tiempo no sabíamos demasiado de este mundo y en el momento en el que se descono-

LA FIGURA DEL MONSTRUO REPRESENTA LOS MIEDOS DEL SER HUMANO

ce algo, se cree que allá puede vivir cualquier cosa”, explica Christopher Dell.

El antropólogo David D. Gilmore, profesor de la universidad neoyorquina Stony Brook, va más allá en el porqué de la existencia universal

del monstruo. Para él, estos seres son necesarios para el hombre por razones de salud psicológica. “Los humanos necesitamos un receptáculo para colocar los pensamientos violentos y tempestuosos que guardamos en nuestras mentes, para todo aquello que imaginamos pero que nos resulta demasiado horrible de admitir. Y rechazamos estos pensamientos terribles poniéndolos dentro de un objeto exterior conveniente, una metáfora con cuerpo: el monstruo, que puede ser el demonio, el vampiro, el hombre lobo o la maléfica criatura de Marte”, comenta. Gilmore es autor de un libro publicado en inglés, *Monsters, evil beings, mythical beasts, and all manner of imaginary terrors* (Univ. of Pennsylvania Press), dedicado a este tema. Para él, la universalidad del monstruo se debe también a que en todas partes y durante todos los tiempos, “los hombres han tenido los mismos conflictos interiores: la antropología ha demostrado la llamada ‘unidad psíquica’ (procesos mentales idénticos), del Homo sapiens, viva donde viva”.

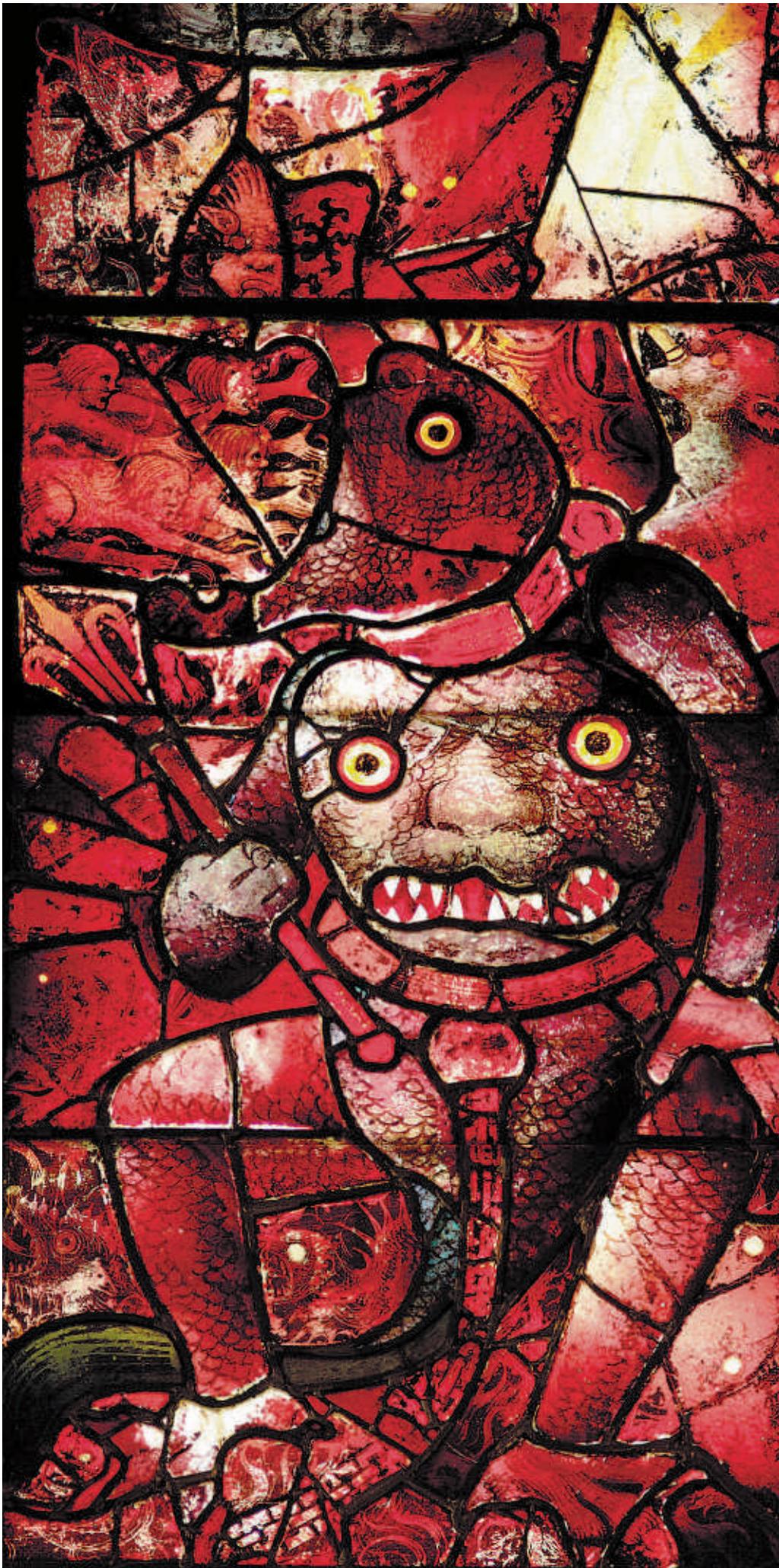
En el libro de Gilmore se analiza una ingente cantidad de pavorosas criaturas, con frecuencia ▶



Monstruo total: Frankenstein, el personaje de la célebre novela gótica de Mary Shelley publicada en 1818



en casa



La figura del demonio, un monstruo 'religioso', está presente en la vidriera de la iglesia de St. Mary

EL MINOTAURO ES UNO DE LOS MONSTRUOS MÁS CÉLEBRES

DRAGONES Y SERPIENTES

El dragón, una bestia que tiene su origen en Mesopotamia, es el monstruo más representado en las distintas culturas y, además, uno de los más antiguos. En Occidente, muchas de las historias de dragones tienen su origen en la tradición nórdico-celta y en la mitología

► enormes, devoradoras de hombres y extremadamente agresivas. Seres temidos pero, a la vez, adorados, porque los monstruos, desde tiempos ancestrales, han sido también dioses. Gilmore cuenta que la mayoría de las culturas cuenta con un respetable abanico de monstruos.

En España, país con rico folklore y una arraigada tradición católica, abundan las brujas y los demonios, aunque hay excepciones, como el dragón de san Jorge y el Cuélebre, de Asturias. El profesor Gilmore destaca la nutrida presencia de diablos en nuestras coloridas fiestas, tanto religiosas como paganas, donde también aparecen animales grotescos y monstruosos. “En estas celebraciones las personas se transforman en monstruos, el mito se materializa”, afirma. Él mismo fue *devorado* por una Tarasca cuando realizó un trabajo de campo en el carnaval de Hacinas, en la provincia de Burgos. La Tarasca es un personaje ancestral que, en diversas mutaciones (como dragón a secas, dragón-rata, dragón-burro e incluso dragón-galápagos), está también presente en procesiones de Corpus en Tarascón, en el sur de Francia, y en varios lugares de España. El toro, por supuesto, es también otro de los animales más representados: “¿Ha visto alguna vez uno?”, pregunta el antropólogo. “¡El toro bravo es un monstruo real, no mitológico! que Picasso utilizó como tema en sus esbozos del Minotauro y otras obras”, añade. Con cuerpo de hombre y cabeza de toro, el Minotauro, de origen griego, es uno de los monstruos más célebres. Ha obsesionado a mucha gente, Christopher Dell incluido, quien de niño estaba convencido de que había uno en su habitación. Gilmore, por su parte, siempre miraba bajo su cama antes de irse a dormir porque creía que “había unas bestias horribles y devoradoras de hombres que hacían ruidos durante toda la noche...”. Ambos sobrevivieron a sus monstruos y los han convertido en parte de su trabajo. Lo mismo les sucedió a artistas tan importantes como el mencionado Picasso, el Bosco (el *Jardín de las Delicias*), Goya (*Saturno devorando a su hijo*) y Odilon Redon (quien plasmó, siempre en negro, todo tipo de extrañas criaturas). Como dijo el poeta

griega: en relatos como el de Hércules, quien, como después hace san Jorge, tiene que enfrentarse a uno de ellos. El dragón es desde entonces un monstruo ligado a lo caballeresco, un instrumento para que se luzcan valientes guerreros. La Biblia también menciona a Leviatán (un ser marino, con rasgos de dragón) y a enormes serpientes. Son también importantísimos en China (donde algunos

simbolizan la buena suerte), Japón, Malasia y Corea. Y abundan incluso en el folklore de zonas tan tranquilas como las montañas suizas. Es difícil explicar el porqué de su ubicuidad, pero numerosos autores señalan que su origen puede ser común: la fobia inmemorial del ser humano a las serpientes. En el caso de China, otra explicación que se baraja es la abundancia de yacimientos de fósiles de dinosaurios.

Antonin Artaud: “No hay nadie que haya jamás escrito o pintado, esculpido, modelado, construido, inventado a no ser para salir del infierno”.

Quizás por ello, tanto en el siglo XX como en el XXI, el monstruo y el artista siguen juntos. Francis Bacon, Louise Bourgeois, Antonio Berni, la fotógrafa Cindy Sherman, el creador Matthew Barney, incluso el mediático Damien Hirst, con su tiburón en formol... Un buen número de creadores contemporáneos han seguido inspirándose en los seres terribles para sus obras. Aunque, como apunta Alejandra Mizrahi, las intenciones de hoy no son la búsqueda de la representación del temor como una forma de poder, “son, más bien, una apertura a lo extraño, a lo otro singular y a la exploración de experiencias atípicas”. Mizrahi es también artista y ha tomado este mundo como inspiración: es autora de *Monstruos textiles*, una serie de esculturas que tienen como punto de partida el *Frankenstein* de Mary Shelley.

Serpiente de mar del célebre naturalista suizo Conrad Gesner, representada en *Historiae Animalium*

Pintura de una Tarasca en procesión hacia Tarascón, presente en el Museo Arlaten, en Francia

Un ser de más allá de los mapas, ilustrado por Ulisse Aldrovandi en 1658, autor de *Monstrorum historia*

***Takiyasha la bruja y el espectro del esqueleto*, una de las representaciones de Utagawa Kuniyoshi de 1844**

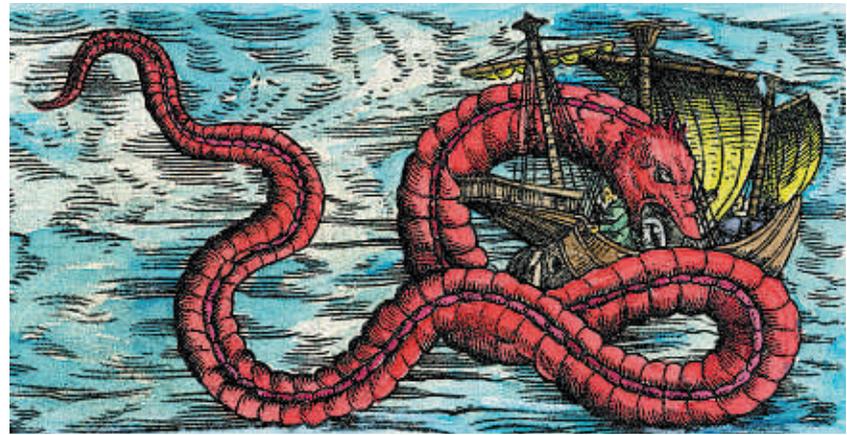
LA IMAGEN DEL VAMPIRO ACTUAL ES MÁS GLAMUROSA Y MEDIÁTICA

¿MONSTRUOS REALES?

No todos los monstruos surgen del imaginario colectivo: la humanidad ha proporcionado innumerables individuos con comportamientos monstruosos, que muchos identifican

El arte ha sido una forma de exorcizar o de potenciar estos monstruos, la literatura también ha recurrido a ellos de forma constante. Y no sólo en los terribles cuentos para niños que todavía siguen contándose. En el siglo XIX, el famoso *Frankenstein* de Shelley fue clave en la creación de monstruos más contemporáneos. El libro se publicó en una época de avances científicos, en la que cada vez quedaban menos lugares por descubrir, por lo que las posibilidades de encontrar seres extraños se agotaban. Para muchos, esta historia sobre la criatura creada por el doctor Frankenstein es la primera novela de ciencia ficción; un género que implicó una nueva veta de monstruos, como los surgidos de las desbordantes imaginaciones de Jules Verne y H.G. Wells.

La ciencia ficción literaria y, posteriormente, cinematográfica ubica a los monstruos en lugares cada vez más lejanos. Es el caso del *Alien* de Ridley Scott, oculto en las entrañas de una nave espacial a miles de kilómetros de la Tierra y dispuesto a exterminar a la tripulación. Los monstruos también abundan en la lejana galaxia de la serie creada por George Lucas, mientras que en la Tierra se siguen reinventando monstruos clásicos, como los marinos (el *Tiburón* de Spielberg) y los vampiros, que hoy enamoran a adolescentes en *Crepúsculo*. En sintonía con los tiempos que corren, los vampiros actuales tienen un aire de *celebrities*: visten ropa de marca, viven en casas de diseño y conducen porsches aunque, eso sí, siguen alimentándose exclusivamente de sangre. Lejos de desaparecer, los monstruos contemporáneos aumentan, se vuelven más glamorosos y gozan además de una gran difusión mediática. Internet también se ha rendido a ellos, y la animación por ordenador es su mejor amiga. Todo ello no deja de tener cierta incoherencia porque “sería lógico que, a medida que la humanidad avanza, la creencia en estos seres disminuyese. Al fin y al cabo, nadie ha visto ninguno con sus ojos porque los monstruos... no existen”, concluye Christopher Dell. ■



como tales. De Atila a Hitler, sin olvidar a Stalin, Pol Pot y otros magnificadas por razones de raza, religión, poder u otras ideas. También los hay a menor escala, pero igualmente dañinos, como los asesinos en serie (protagonistas de tantas novelas y películas de la historia literaria y cinematográfica), los pederastas, los maltratadores y los torturadores. De todos modos, la ‘monsterización’ de este tipo de per-

sonas es controvertida. Hay pensadores que aseguran que, incluso en casos tan extremos como los mencionados, los perpetradores no dejan de ser humanos, individuos que formaron parte de la sociedad y que esta no puede explicar sus actos calificándolos de ‘monstruos’ y punto. Hay una parte de responsabilidad colectiva. “Hoy entendemos que los asesinos en serie y gente similar no son tan diferen-

tes de nosotros”, afirma el profesor de filosofía Stephen Asma, en el ‘Chicago Sun-Times’. Autor de ‘On monsters’ (Oxford University Press), otro libro sobre el tema. Stephen Asma está convencido de que “la influencia de un círculo social inmediato puede convertir a alguien en un monstruo”. Es una nueva manera de pensar en los monstruos reales: como productos de procesos sociales.